

OLA DE PROTESTA SINDICAL Y REPRESIÓN POLÍTICA EN EL SALVADOR (1962-1972)

Notas para su abordaje teórico

Lucrecia Molinari

Lucrecia Molinari es Doctora en Ciencias Sociales (UBA, 2016), becaria posdoctoral de CONICET, Magíster en Estudios Latinoamericanos (UNSAM, 2013) y Licenciada y Profesora de Sociología (UBA, 2005, 2016). Se desempeña como investigadora del Centro de Estudios sobre Genocidio (UNTREF) y docente universitaria en UBA, UNSAM y UNTREF. Integra el Grupo de Estudios sobre Centroamérica (IEALC-UBA). Ha publicado en revistas científicas nacionales e internacionales y ha participado como autora de capítulos en libros colectivos.

* El presente artículo tiene una formulación más extensa en Lucrecia MOLINARI, Autonomía y articulación: Los sindicatos, la ola de protesta y el Estado en El Salvador (1967-1972) (Tesis inédita presentada para la obtención del título de Magíster en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional de San Martín, 2013).

INTRODUCCIÓN

Entre 1967 y 1971 tuvo lugar en El Salvador una ola de protesta protagonizada por sindicatos de trabajadores urbanos y el gremio docente, en un contexto de inédito crecimiento económico, gobiernos militares relativamente aperturistas y tendencias económicas desarrollistas.¹ La investigación cuyos fundamentos teóricos aquí se presentan, busca describir dichas protestas y su relación con los cambios en las capacidades represivas del Estado salvadoreño. La lectura de la bibliografía secundaria disponible y el análisis de la prensa gráfica del período permitieron arribar a una periodización de dichos cambios: así, se detectó el primero de ellos en 1963 (cuando un moderno aparato contrainsurgente fue creado a instancias de Estados Unidos)², en 1967 (cuando dicho aparato fue fortalecido y utilizado para neutralizar la movilización sindical urbana)³ y 1971 (cuando dicha estructura dio un último giro que aumentó su importancia, subsumiendo la lógica militar y la del partido oficial a la lógica paramilitar).⁴

En buena parte de la literatura existente sobre el período, la forma en que el Estado, sus fuerzas de seguridad y los organismos paraestatales actuaron en El Salvador ha sido analizada en tanto respuesta directa al surgimiento de las guerrillas –que ocurre en 1970 pero cobra significancia recién en 1972-. El espectacular desarrollo de las mismas a finales de los años setenta también ha opacado la importancia de las luchas del período anterior, que suelen ser consideradas una mera «antesala» de esa radicalización, dificultando la observación de su particularidad. Discutiendo con ambas perspectivas, la investigación que aquí se resume buscó dar cuenta de la movilización de los años 1967-1971 y de las importantes modificaciones que suscitó en las capacidades represivas del Estado salvadoreño. Estas modificaciones no son sólo fundamentales para entender el período

¹ Roberto TURCIOS, *Autoritarismo y modernización El Salvador 1950-1960*, San Salvador, Dirección de publicaciones e impresos, 2003.

² Daniel SIEGEL- Joy HACKEL, “El Salvador: la nueva visita de la contrainsurgencia”, en: Michael KLARE-Peter KORNBLUH (eds.), *Contraingurgencia, proinsurgencia y antiterrorismo*, Buenos Aires, Editorial Grijalbo, 1990

³ Lucrecia MOLINARI, “El desembarco de la contrainsurgencia: control poblacional e integración militar. El Salvador (1963–1964)”, en: Esteban DE GORI (et. altri), *Observatorio Latinoamericano: Violencia y seguridad en Centroamérica: de la Guerra Fría a la actualidad* [en línea], vol. 13 (2013). Disponible en: [<http://iealc.sociales.uba.ar/publicaciones/observatorio-latinoamericano/>].

⁴ Sara GORDON RAPOPORT, *Crisis política y guerra en El Salvador*, México, Editorial Siglo XXI, 1989.

sino que también constituyen claves importantes de análisis de las dos décadas siguientes, marcadas por un salto en la represión estatal en la década de 1970 y el desarrollo de una guerra civil en la década de 1980.

Sostenemos que muchas de estas modificaciones tuvieron lugar con anterioridad al surgimiento de las guerrillas⁵ y en un escenario dominado por el «pesimismo geográfico», que planteaba que -en un país de tan pequeñas dimensiones, con unas Fuerzas Armadas tan potentes y una geografía esquivada- era imposible el desarrollo de guerrillas. Consideramos que esto constituye un punto importante para comprender muchas de las experiencias dictatoriales de la historia reciente de América Latina -entre las que Argentina no es la excepción- en tanto la presencia de las guerrillas y su (supuesta) capacidad para “tomar el poder” y “transformar el país en una nueva Cuba” fue el eje de los argumentos que los perpetradores esgrimieron en su justificación de las graves violaciones de los Derechos Humanos cometidas.

REPONIENDO ALGUNOS ELEMENTOS DEL CONTEXTO HISTÓRICO

Hacia inicios de la década del 60, ciertos procesos modificarán el sistema productivo salvadoreño, impactando en el perfil social y político de amplios sectores sociales.

Enmarcados en un contexto mundial de impulso de los países latinoamericanos hacia el desarrollo vía industrialización, y sujetos a presiones de la comunidad internacional a favor de la liberalización política, los militares que ascienden al poder en El Salvador en la segunda mitad del siglo XX protagonizan una ruptura con el período precedente (1932-1948), caracterizado por gobiernos altamente represivos, reaccionarios y defensores de los intereses de la tradicional oligarquía cafetalera.⁶ Sin abandonar la opción por la represión cuando fuera necesario, el sector de la corporación militar que se instala en el poder a partir

⁵ Véase, por ejemplo, Mérida ANAYA MONTES, *La segunda gran batalla de ANDES 21 de Junio*, San Salvador, Editorial Universitaria de El Salvador, 1972; White ALASTAIR, *El Salvador*, San Salvador, UCA Editores, 2001, 323-332 y nota al pie número 7.

⁶ Interesantes complejizaciones a este esquema realizan Eril CHING- Carlos LOPEZ BERNAL- Victoria TILLEY, *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador*, San Salvador, UCA Editores, 2007.

de 1948 demostró adherir a una tendencia modernizadora (en lo económico y en lo político) más acorde al clima pos Segunda Guerra Mundial.

La ruptura con el régimen precedente queda reflejada en la redacción de un nuevo marco jurídico, la *Constitución Política* de 1950, que amplía y redefine el papel del Estado posibilitando su intervención fuerte en la economía nacional, contemplando medidas para fomentar la implantación de industrias y reconducir los recursos del Estado hacia obras de infraestructura.⁷ Las principales consecuencias de este viraje, sin embargo, se manifiestan en la década del '60. Es en esa década –con anterioridad a que se produjera la guerra entre Honduras y El Salvador (julio de 1969)-, cuando el *Mercado Común Centroamericano* (MCCA) funciona a pleno y arroja cifras siempre en aumento de producción industrial y agrícola y de intercambio comercial interregional para los países más desarrollados del istmo centroamericano, El Salvador y Guatemala.⁸ Por esta razón, en la región se conoce al período que abarca parte de los '50, los '60 y parte de los '70 como los “20 años gloriosos”.⁹

Los impactos de estos procesos económicos sobre el perfil social y político de los salvadoreños fueron drásticos.

En primer lugar, producto de las posibilidades que se abrieron con la constitución del MCCA y del viraje ideológico del sector hegemónico dentro de la corporación militar al mando del poder ejecutivo, se observó en El Salvador una modernización económica que no fue acompañada, sin embargo, de una reforma consistente del inequitativo régimen de tenencia de la tierra. Esto redundó en una mayor concentración de dicho recurso y un empeoramiento del nivel de vida de los campesinos más pobres -un porcentaje considerable dentro de la población rural de El Salvador en el periodo estudiado-.¹⁰ Esta dinámica, sumada al impulso estatal a la instalación de industrias manufactureras, dio como

⁷ Roberto TURCIOS, *Autoritarismo y modernización*, o.c.

⁸ Alfredo GUERRA BORGES, *La Integración de América Latina y El Caribe*, México, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, 1997.

⁹ El comercio intrarregional era en 1950 el 3.3% de las exportaciones de los cinco países. En 1968, este indicador superaba el 25%. El PBI de Centroamérica creció a un promedio anual de 6.2% entre 1961 y 1968. Alain ROUQUIE, *Guerras y paz en América Central*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994. El monto anual de inversiones industriales se duplicó entre 1962 y 1967. Eduardo LIZANO, “El proceso de integración económica”, en: Edelberto TORRES RIVAS (ed.), *Centroamérica, hoy*, México, Editorial Siglo XXI, 1975.

¹⁰ Carlos VILAS, *Mercado, Estados y revoluciones. Centroamérica 1950-1990*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.

resultado un significativo traslado de campesinos a las ciudades y una concentración de obreros en las mismas, especialmente en San Salvador.¹¹ Fue conformándose así un incipiente sector obrero industrial que, al calor de legítimas demandas, solidificó sus estructuras, tanto al interior de los diferentes gremios y sindicatos como hacia afuera, tendiendo redes de relaciones con organizaciones de los sectores medios.¹²

Las organizaciones alimentadas por las capas medias -constituidas por maestros, profesores, profesionales, técnicos y estudiantes- surgen también como resultado de los mencionados cambios. La modernización industrial y cultural que se produce en la región, el aumento del gasto público y el crecimiento del aparato estatal salvadoreño, aumenta el tamaño de dicho sector. Al calor de una relativa apertura política y beneficiados por una merma sustantiva de la represión estatal, estos sectores también se agruparon en diversos gremios y sindicatos, y conformaron confederaciones y asociaciones.¹³

El sector hegemónico dentro de la corporación de militares en el poder diseñó un modelo de integración vertical y autoritaria de estos sectores asalariados urbanos. Se buscaba constituir con ellos la base social del partido oficial de los militares (denominado *Partido Revolucionario de Unificación Democrática* –PRUD- en los ‘50 y *Partido de Conciliación Nacional* –PCN- en los ‘60) a la vez que se controlaba, disciplinaba y se obstaculizaba la organización autónoma de estos sectores, claves en la modernización industrial, económica y social. Esta línea fue seguida, con algunas variaciones, por los Presidentes Óscar Osorio (1950 – 1956), José María Lemus (1956 – 1960), el Directorio Cívico-Militar (1961 – 1962), y los Presidentes Julio Adalberto Rivera (1962 – 1967) y Fidel Sánchez Hernández (1967-1972).

La reforma electoral de 1963 (que modificó el sistema de representación de los partidos: de un sistema donde el partido ganador se llevaba todas las bancas de la Asamblea Legislativa, a un sistema proporcional de representación) otorgó relevancia al acto eleccionario y a la búsqueda de votantes de los diferentes partidos, incluido el oficial, relevancia que anteriormente era nula, dado que el candidato oficial resultaba ganador

¹¹ Rafael MENJÍVAR, *Formación y lucha del proletariado salvadoreño*, Costa Rica, EDUCA, 1982.

¹² Paul ALMEIDA, *Waves of protest: popular struggle in El Salvador, 1925-2005*, Minneapolis: Minn., University of Minnesota Press, 2008.

¹³ Alain ROUQUIE, *Guerras y paz en América Central*, o.c.

inevitablemente, conformándose en consecuencia la Asamblea Legislativa con un único partido. Fue, también, la necesidad del PCN de mantener el apoyo popular, reflejado en votos, lo que llevó a los gobiernos a ofrecer concesiones y facilidades para la formación de sindicatos y diversas agrupaciones políticas, especialmente para aquellos alineados al partido oficial, moderando sustancialmente, sin abandonarla, la solución de los conflictos vía represión. Se da forma así, a un autoritarismo de nuevo tipo, donde la represión y persecución se combinan con la cooptación y las concesiones.¹⁴

Todas estas dinámicas arrojan como resultado un aumento importantísimo en la cantidad de gremios, afiliados y también en la cantidad de acciones sindicales, movilizaciones y manifestaciones en las principales ciudades de El Salvador. En lo que a la movilización respecta, se observan importantes picos de agitación social en 1967-1968 y 1971.¹⁵

La oligarquía agroexportadora constituía la principal beneficiaria del nuevo modelo económico de crecimiento y modernización, con poca redistribución. Contaba además con fuertes aliados dentro de la corporación militar y representantes en puestos claves del gobierno, a través de los cuales imponía rígidos límites a las tendencias redistributivas que se intentaron desplegar dentro del modelo. Se oponían fuertemente a una mayor participación política de los sectores subalternos, especialmente los del sector rural, donde se encontraba el eje de su poder económico y político: la alta concentración de la tenencia de la tierra y la mantención de los salarios a niveles muchas veces por debajo del nivel de subsistencia.¹⁶ Tampoco mostraban interés en el desarrollo de sindicatos de trabajadores

¹⁴ Uno de los ejemplos más claros al respecto se encuentra en los artículos periodísticos de la época, por ejemplo, la primera plana del Periódico *La Prensa Gráfica* del 21/04/1967. Se observa al Presidente Rivera conversando amablemente con representantes sindicales, 5 días antes de que un sector de los mismos impulsara una exitosa huelga general progresiva. En el epígrafe puede leerse: “Rivera y los trabajadores. Ayer a las once y quince minutos de la mañana se reunió el Presidente de la República, Cnel. Julio A. Rivera, con los representantes sindicalistas de la Fábrica Acero SA, que desde hace quince días se encuentran en huelga. Posteriormente, el mandatario habló con los representantes patronales, concluyendo la plática en las primeras horas de la noche. El coronel Rivera conoció las peticiones de los trabajadores y la posición de los empresarios. «Este problema es de ustedes, y son ustedes mismos los llamados a colaborar en la solución. Si hay éxito, el triunfo será de Uds., si fracasan, cosa que lo dudo, será de Uds.» concluyó el Presidente.” Periódico *La Prensa Gráfica*, 21/04/1967.

¹⁵ Paul ALMEIDA, *Waves of protest*, o.c.

¹⁶ Juan Mario CASTELLANOS, *El Salvador 1930-1960. Antecedentes Históricos de la Guerra Civil*, San Salvador, Dirección de Publicaciones e Impresos, 2001.

industriales fuertes, en tanto muchos de ellos habían comenzado a reinvertir parte de las ganancias obtenidas de la exportación de café, en el incipiente sector industrial.¹⁷

Junto a este grupo se encontraban los técnicos y militares con ideas modernizadoras ya descriptos. La tensión entre todos ellos fue moldeando un nuevo régimen político y económico con fuertes limitaciones y con continuidades con el anterior. La serie de acciones de protesta llevadas adelante por los gremios, sindicatos y confederaciones, mostraron claramente cuáles eran los estrechos límites de dicho modelo, desafiando seriamente la capacidad estatal de contención de conflictos por vías institucionales.

Fortalecidos por el apoyo de Estados Unidos en entrenamiento y recursos en el marco de la *Alianza para el Progreso*, los militares salvadoreños con ideas modernizantes dieron por descontado que la profundización del nuevo modelo económico implicaría un debilitamiento de la oligarquía agroexportadora tradicional y que, en consecuencia, deberían ampliar a otros sectores el apoyo a su partido y al modelo en general. Aliados clave -si se encuentran vertical y autoritariamente integrados-, los sectores asalariados no dejarán de encarnar el tan mentado “enemigo interno” cuando desarrollen acciones autónomas o tiendan lazos ganando la solidaridad de otros sectores.

EL GRUPO PERSEGUIDO Y SU “PELIGROSIDAD”

Pese a no responder al perfil del «enemigo interno» que describían funcionarios del gobierno militar en sus discursos –el militante comunista dirigido por Cuba o la Unión Soviética, que orientaba sus acciones a la toma del poder–,¹⁸ las organizaciones movilizadas en el período 1967-1971 fueron consideradas una amenaza al *status quo* en tanto

¹⁷ Para una caracterización más detallada de la oligarquía cafetalera salvadoreña véase la obra clásica: Eduardo COLINDRES, *Fundamentos económicos de la burguesía salvadoreña*, El Salvador, UCA, 1977 y los desarrollos más recientes de Velásquez Carrillo, por ejemplo, Carlos VELÁSQUEZ CARRILLO, “La consolidación oligárquica neoliberal en El Salvador: un acercamiento histórico a la evolución de una estructura de poder”, en: Lucrecia MOLINARI (ed.), *Observatorio Latinoamericano* n° 9, Dossier *El Salvador*, Buenos Aires, Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, noviembre 2012. [Disponible en <http://iealc.sociales.uba.ar/publicaciones/observatorio-latinoamericano/>]

¹⁸ Véase por ejemplo, Diario *La Prensa Gráfica*, “Alerta por subversión a Policía Sánchez H.”, 7/7/1967 y “El Salvador contra el totalitarismo”, 22/8/1967.

constituyeron un serio obstáculo al proyecto desarrollista que, en la segunda posguerra, los militares en el poder buscaban imponer.

Carentes de poder de fuego, fue en cambio el tipo de vínculos sociales y políticos que unió a estas organizaciones lo que les confirió «peligrosidad». Se sostiene, como resultado de la investigación que aquí se resume, que fue la autonomía con respecto al Estado y la capacidad de articular diversos sectores (sociales, políticos y geográficos, entre otros) lo que hizo de estos sindicatos y gremios el «blanco» a perseguir y eliminar.

Esto ocurrió porque fueron estas organizaciones las que significaron un serio obstáculo al modelo autoritario desarrollista que los militares en el poder buscaban implementar. Quedan así descartadas otras consideraciones acerca del porqué de su persecución, como, por ejemplo, su capacidad militar o poder de fuego, la posibilidad o intención de tomar el poder y “construir una nueva Cuba”, e, inclusive, su adscripción estricta al comunismo.

En lo que respecta a su capacidad de articulación, este rasgo se refleja en las organizaciones sindicales que denominamos “combativas” -nucleadas en la *Federación Unitaria Sindical Salvadoreña* (FUSS) y en la *Asociación Nacional de Educadores Salvadoreños* (ANDES 21 de Junio)- en el tipo de demandas que sostenían, caracterizadas por su amplitud y su ánimo de trascender las conquistas puntuales y el corporativismo.

La capacidad articuladora desafiaba el autoritarismo de nuevo tipo congruente con el modelo que se buscaba implementar. Más específicamente, el vuelco que los militares buscaron darle a la relación entre el Estado y los sectores populares, reemplazando la represión lisa y llana por la combinación de represión, concesiones y cooptación.¹⁹ Articulando diversos sectores antes dispersos y/o inactivos, las organizaciones ampliaban exponencialmente los apoyos a sus medidas de fuerza. Esto lograba socavar las bases que el PCN, partido oficial militar, retenía a través de una costosa y aceitada red clientelar y de la

¹⁹ Salvador Cayetano CARPIO, “Las corrientes sindicales en El Salvador”, *La Universidad, Revista bimestral de la Universidad de El Salvador* n° 6 (1969), San Salvador, Universidad de El Salvador.

vigilancia y control cotidiano, obligándolo a reprimir indiscriminadamente a sectores que estaba intentando cooptar.²⁰

Poderosos sindicatos oficialistas (nucleados en la *Confederación General de Sindicatos*, CGS) solían buscar, en cambio, pequeñas mejoras en las condiciones laborales expresando así su acuerdo con el rumbo económico que imprimía el gobierno militar y con la idea de que una relación armónica entre capital y trabajo era posible y deseable. Ante el desarrollo de estos sindicatos que operaban bajo la esfera gubernamental, las organizaciones combativas debieron defender su autonomía y fortalecer lazos horizontales amplios que los unieran a otros sindicatos y sectores. Fueron entonces estos sindicatos independientes los que dieron forma a la infraestructura organizacional surgida al calor de la apertura política; infraestructura que anima y sostiene la ola de protesta que se inicia en 1967.

Paradigmática de dicha cualidad es la caracterización del gremio docente, el cual logra sumar en sus movilizaciones a los sectores más combativos (los sectores de trabajadores urbanos organizados en sindicatos influenciados por el PCS) y los más numerosos (los sectores medios de la comunidad universitaria y estudiantil y, tímidamente, los campesinos y pobladores del interior²¹). Tal como relata Anaya «*el gobierno tiene medida esta situación y cuando el apoyo popular llega a niveles que no puede tolerar, pone en práctica el terror e incluso el asesinato*».²²

Las huelgas docentes, desarrolladas en 1968 y 1971, constituyeron una gran «escuela política», un foro de expresión de distintas agrupaciones donde una nueva generación de militantes y líderes políticos realizaron sus primeras experiencias y adquirieron habilidades políticas y organizacionales.²³ La capacidad de los docentes de interpelar distintos sectores y

²⁰ Los militares que impulsaron este modelo autoritario desarrollista sostenían que la cooptación de una buena base social más el apoyo de sectores empresariales modernizantes les iba a permitir socavar el poder de la oligarquía, que insistía en retener a El Salvador en un estadio agro-exportador sin concesiones. Cuando los sindicatos combativos comienzan a competir con éxito por dicha base social, imposibilitan los planes del gobierno, haciendo inútiles todas las medidas.

²¹ No existe consenso, en la literatura consultada, acerca del momento en que los campesinos comienzan a participar de estas movilizaciones. Almeida lo ubica en 1968, pero Anaya Montes afirma en su relato que recién se pronunciaron en la segunda huelga, en 1971, y en la detallada descripción de Gordon tampoco son mencionados. Paul ALMEIDA, *Waves of protest*, o.c.; Mérida ANAYA MONTES, *La segunda gran batalla*, o.c., y Sara GORDON RAPOPORT, *Crisis política y guerra*, o.c.

²² Mérida ANAYA MONTES, *La segunda gran batalla*, o.c., 86-87 (el subrayado es nuestro).

²³ Paul ALMEIDA, *Waves of protest*, o.c.

activarlos políticamente, y la necesidad del gremio de apoyarse en ellos para fortalecer sus demandas, amplió forzosamente el alcance de las mismas, elevándolas de un plano económico-corporativo (salarios, reincorporaciones, condiciones laborales en general) a un plano político unificador: la crítica al modelo desarrollista contrainsurgente.²⁴ Este modelo contemplaba la existencia de sindicatos que se limitaran a aprovechar la apertura y los gestos de tolerancia del gobierno, para ir logrando pequeñas reivindicaciones reducidas a su sector; pero en el que, sin embargo, no tenían cabida impugnaciones amplias, que excedieran lo corporativo y se instalen como demandas políticas abarcadoras y críticas del proyecto económico de una manera estructural.

El segundo aspecto de las organizaciones movilizadas que creemos importante resaltar es su autonomía. Esta consistía en que, a diferencia de los poderosos sindicatos oficialistas, las agrupaciones que denominamos “combativas” mantuvieron su independencia con respecto al Estado, el partido oficial e, inclusive, las organizaciones internacionales del trabajo como la *Organización Regional Interamericana de Trabajadores* (ORIT) y el *American Institute for Free Labor Development* (AIFLD), de fuerte prédica anticomunista. La autonomía -cualidad que fue preciso defender celosamente, en un momento en que el gobierno se lanzó a integrar vertical y autoritariamente a los sectores trabajadores en su partido oficial- también tensionaba los límites del modelo que los militares en el poder buscaban instalar. Lo hacía al rechazar una estrategia sindical funcional a dicho proyecto – es decir, contenida y controlada por el Estado y el partido oficial-. De ahí el accionar de los sindicatos oficialistas (CGS) quienes solían buscar pequeñas mejoras en las condiciones laborales aprovechando los espacios que habilitaba el propio Estado, evitando enfrentarse directamente con éste. Ante el desarrollo de estos sindicatos que operaban bajo la esfera gubernamental, las organizaciones combativas debieron sostener una actitud crítica y clara con respecto a los estrechos límites del proyecto reformista que buscaba desplegarse sin modificar las estructuras; es decir, sin enfrentarse directamente con la retardataria oligarquía salvadoreña. Los sucesos de las décadas siguientes demostraron que tal intención era

²⁴ Para un desarrollo de la crítica docente al proyecto educativo del período, véase: Héctor LINDO-FUENTES-Eric CHING, *Modernizing Minds in El Salvador: Education Reform and the Cold War, 1960-1980*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2012.

totalmente infundada.²⁵ En ese sentido, debe reconocerse en el desarrollo de una estrategia asentada sobre esta lúcida lectura política, la influencia que los dirigentes del *Partido Comunista* de El Salvador ejercieron sobre las organizaciones movilizadas. Además de alertar sobre el carácter inamoviblemente reaccionario de la oligarquía cafetalera, llamaron la atención sobre la continuidad de la represión bajo el gobierno militar, aun en sus versiones más aperturistas, como la que aquí abordamos.²⁶

Sin embargo, sostenemos que no fue la adscripción política de muchos de los referentes de estas organizaciones lo que las volvió peligrosas ante los ojos de los militares. Fueron comunistas los que dirigieron uno de los sucesos más traumáticos para la derecha, como sería la huelga general progresiva de abril de 1967 que contó con el apoyo de sindicatos oficialistas.²⁷ Pero también habían sido los comunistas inmediatamente neutralizados poco después, en la huelga de panaderos (septiembre y octubre de 1967) que, a diferencia de la anterior, los encontró dirigiendo la medida aisladamente.²⁸

Sostenemos que la peligrosidad de estas organizaciones no se debe entonces al alineamiento con el clandestino *Partido Comunista* de El Salvador, sino más bien a la extensión del apoyo popular suscitado, que claramente fue en detrimento de la homogeneidad ideológica, incluyendo a sectores no comunistas. Esto fue lo que constituyó un quiebre con anteriores prácticas, un poderoso llamado de atención a los gobiernos militares y un antecedente insoslayable de los frentes de masas surgidos poco después.

Habiendo dado cuenta de lo que consideramos las principales características del objeto de estudio, procederemos a explicitar algunos elementos del marco conceptual que conforma la perspectiva desde la cual analizamos dicho objeto.

²⁵ Webre, por ejemplo, desarrolla esta idea para expresar su desacuerdo con la idea demócrata cristiana de que era posible realizar cambios en la sociedad salvadoreña sin apelar a la violencia o los extremismos. Stephen WEBRE, *José Napoleón Duarte y el Partido Demócrata Cristiano en la política salvadoreña, 1960-1972*, San Salvador, UCA, 1985.

²⁶ Una versión temprana de esta aseveración la constituye Salvador Cayetano CARPIO, *Secuestro y capucha, en un país del mundo libre*, San Salvador, s.e., s.a.

²⁷ Salvador Cayetano CARPIO, *La huelga general obrera de abril*, San Salvador, Editorial Farabundo Martí, 1980.

²⁸ Véase las críticas de la fracción comunista enfrentada a los panaderos en huelga en: PARTIDO COMUNISTA DE EL SALVADOR (PCS), “Informe de Comité Central al VI Congreso Extraordinario del Partido Comunista De El Salvador”, San Salvador, s.e., 1970 y el clima de violencia y aislamiento que rodeó la resolución del conflicto en Diario *La Prensa Gráfica*, «Acuérdase rebaja del precio de la harina», 6/10/1967; «Buscan conciliación panaderos», 12/10/1967 y «Aumentan salarios las panaderías», «En libertad panaderos que fueron procesados», 19/10/1967.

PRÁCTICAS SOCIALES “SUBVERSIVAS”

En primer lugar, es importante resaltar la cercanía de nuestra descripción de las organizaciones movilizadas, con la caracterización que el sociólogo argentino Daniel Feierstein define como prácticas perseguidas por un poder genocida.²⁹ Se trata de aquellas prácticas que, por ser solidarias, autónomas y críticas del poder constituyen un obstáculo para el ejercicio de dominación del mismo. Buscando dar cuenta de la causalidad y los efectos del genocidio en Argentina, el sociólogo acuñó el término “*práctica social genocida*”. Esta es definida como:

“(…) aquella tecnología de poder cuyo objetivo radica en la destrucción de las relaciones sociales de autonomía y cooperación y de la identidad de una sociedad, por medio del aniquilamiento de una fracción relevante (sea por su número o por los efectos de sus prácticas) de dicha sociedad y del uso del terror producto del aniquilamiento, para el establecimiento de nuevas relaciones sociales y modelos identitarios.”³⁰

Aunque sería un error calificar el accionar del gobierno en éste período como genocidio, el planteo de Feierstein nos resulta útil por dos cuestiones. En primer lugar, porque esta definición pone el énfasis en los efectos del aniquilamiento sobre la totalidad del grupo social, distinguiéndolos de (y no limitándolas a) las consecuencias que estas prácticas tienen sobre los grupos más estrechos que optan por oponerse al poder hegemónico. En el caso de El Salvador, las organizaciones político-militares que lo hicieron a través de las armas. En segundo lugar, el concepto permite poner en cuestión la justificación que los propios perpetradores han difundido sobre sus prácticas: es decir, que el aniquilamiento fue una directa reacción al surgimiento de grupos guerrilleros. Como plantea Feierstein, tanto los efectos como los objetivos de estas prácticas deben buscarse en la obturación de lazos sociales autónomos y críticos del poder hegemónico, que son percibidos por éste como obstáculos a su dominación. Entendido como una tecnología de destrucción y reconstrucción de relaciones sociales, este concepto permite además indagar en la funcionalidad que el genocidio o, en nuestro caso, la persecución e intento de eliminación de las organizaciones sindicales, tiene para el diagrama de poder que integra.

²⁹ Daniel FEIERSTEIN, *El genocidio como práctica social: entre el nazismo y la experiencia argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

³⁰ Daniel FEIERSTEIN, *El genocidio como práctica social*, o.c., 83 [el subrayado es nuestro].

Esto amplía la perspectiva del análisis, evitando las explicaciones simplistas y monocausales.

EL ANÁLISIS DE LA ACCIÓN COLECTIVA

En lo que respecta al modo de abordaje de las organizaciones como movimientos sociales, existen múltiples perspectivas que permiten dar cuenta de las mismas. Optamos por la propuesta del sociólogo norteamericano Charles Tilly, quien, especialmente en su libro *From mobilization to revolution*, plantea una teoría de la acción colectiva que ilumina aspectos que nos interesa destacar de los sectores movilizados bajo estudio en la investigación que aquí se presenta.

En primer lugar, a diferencia de otros estudiosos de los movimientos sociales, Tilly se aleja de las perspectivas que dan por supuesta la espontaneidad y/o la irracionalidad de las acciones colectivas que los grupos emprenden. Sus teorizaciones, en cambio, hacen hincapié en la capacidad de los actores de pensar estratégicamente, incorporando la pregunta por la racionalidad de los mismos (sus intereses, su capacidad de evaluar el momento oportuno, etc.)

Asimismo, la perspectiva de Tilly considera “lo político” en un sentido amplio y abarcativo, no reducido al funcionamiento “formal” de la política. Esto permite considerar como actores políticos a grupos cuyos problemas no necesariamente encuentran solución a través de los canales instituidos, ni a través de actividades “normales” del funcionamiento político (tales como: el voto, la actividad partidaria, la discusión y negociación en el ámbito legislativo, etc.). El carácter de estos grupos (muchas veces no reconocidos formalmente por el Estado) y las acciones que llevan adelante (no restringidas a los ámbitos políticos instituidos) son para Tilly, políticos por derecho propio. Son parte inescindible de la vida política de una sociedad, porque dichos grupos participan con sus acciones en la constante reconfiguración de la misma, a la vez que son moldeados por ésta. Lejos de constituir para Tilly eventos anormales, informales o disfuncionales, las acciones que emprenden estos grupos son el eje de su análisis.

La teoría de Tilly, entonces, no sólo aporta herramientas para analizar a grupos y eventos que suelen ser considerados marginales en otras perspectivas, sino que también permite entender procesos como la represión y la violencia de manera mucho más compleja que desde una perspectiva que los considere meros excesos, exabruptos o excepciones al funcionamiento “normal” de la vida política. En Tilly son, en cambio, uno de los determinantes de la acción colectiva.³¹

Considerado un autor polémico –por la dificultad que presenta al momento de intentar clasificarlo en una única corriente de pensamiento-³², Tilly recoge los aportes de diversas teorías sociológicas –las formulaciones de K. Marx, E. Durkheim, M. Weber y W. Mills- para elaborar una teoría propia que, según el autor, supera algunas de las limitaciones que presentan las teorías clásicas cuando se enfrentan a un objeto como la acción colectiva.³³ En la teoría marxista, por ejemplo, los grupos que emprenden una acción colectiva (clases) son el resultado de la conciencia que surge del antagonismo nacido en el ámbito de la producción. Sin descartar significativos aportes del marxismo, Tilly se niega, sin embargo, a subestimar aquellas reglas de la acción colectiva que exceden las relaciones de producción.³⁴

Nos permite así hacer foco en el análisis de agrupaciones que se encuentran en posiciones diversas con respecto a los medios de producción, pero que, sin embargo, actúan conjuntamente. Esta es una característica básica de los sectores que estudiamos en la presente investigación: su adscripción de clase diversa (se trata de sectores trabajadores y sectores medios) y su accionar conjunto.

La acción colectiva y sus determinantes

La acción colectiva adquiere, en la teorización de Tilly, una formulación amplia: se trata de un grupo de personas actuando en conjunto, en pos de intereses comunes.³⁵

³¹ Véase las críticas de Tilly al análisis de Robert Dahl y la teoría pluralista en: Charles TILLY, *From mobilization to revolution*, New York, Random House, 1978, 55-59.

³² Agustín SANTELLA, “Charles Tilly (1929-2008)”, *Nuevo topo. Revista de historia y pensamiento crítico* n° 7 (2010).

³³ Charles TILLY, *From mobilization to revolution*, o.c., Cap.2.

³⁴ SANTELLA, Agustín, “Charles Tilly (1929-2008)”, o.c.

³⁵ Charles TILLY, *From mobilization to revolution*, o.c.

Utilizando esta definición, la circunscribiremos a un marco más abarcativo: la ola de protesta. Este concepto da cuenta de periodos en donde la actividad de protesta se expande social y geográficamente, es decir, a través de múltiples sectores y trascendiendo el espacio geográfico donde inicialmente están circunscriptos.³⁶ Ambas definiciones combinadas nos permiten dar cuenta de la emergencia y actividad de variados actores colectivos agrupados en tiempo y espacio, que tejen redes múltiples que los relacionan. En las antípodas de esta estrategia de análisis se encontraría, por ejemplo, el estudio de un movimiento social singular, aislado de sus relaciones con otros grupos para un mejor análisis.

La definición amplia de acción colectiva en Tilly, se complejiza al incorporar lo que el autor considera sus determinantes: los intereses compartidos por los miembros del grupo, la organización con la que cuenta, la movilización de recursos de la que es capaz y la oportunidad para actuar colectivamente con éxito.

El primer determinante, los intereses compartidos por los miembros del grupo, es un aspecto útil para volver a los aportes de Tilly a la teoría marxista. Según esta teoría, son los cambios en el modo de producción los que crean y destruyen clases sociales, definidas por su diferente relación con los medios de producción. Es de la organización de la producción de donde surge la diferenciación de los intereses de las clases fundamentales. Es por esto que, para identificar los intereses de un grupo, la perspectiva marxista evita extraerlos de los discursos o acciones del propio grupo, siendo determinante en cambio, su posición social, es decir, su relación con los medios de producción.³⁷

Se distingue también Tilly de aquellas perspectivas que, en el otro extremo, abandonan el análisis de las estructuras y lo centran en las subjetividades, reduciendo los materiales a través de los cuales analizar un grupo a aquellos discursos y reflexiones que los propios actores construyen de sus prácticas.

En una posición intermedia entre ambas perspectivas (que en sus extremos podríamos identificar como *objetivista* y *subjetivista*, respectivamente), Tilly afirma el valor explicativo que posee la posición social en el análisis de los intereses por los cuales un grupo lleva a cabo una acción colectiva, considerando una mirada de largo plazo, mientras

³⁶ Paul ALMEIDA, *Waves of protest*, o.c.

³⁷ Charles TILLY, *From mobilization to revolution*, o.c., Cap.3.

que las acciones y discursos de los grupos movilizados funcionan como indicadores del accionar a corto plazo.³⁸ En ese sentido, se tendrá en cuenta durante toda la investigación la adscripción de clase de los grupos, pero se prestará también atención a sus propios discursos, a través de la lectura crítica y comparativa de sus documentos, manifiestos y alocuciones reproducidas en periódicos.

El segundo determinante de la acción colectiva es la *organización*. Se trata del elemento de la estructura de un grupo que más directamente afecta su capacidad de actuar en pos de sus intereses. El nivel de organización de un grupo está determinado por la profundidad de dos elementos: el nivel de identidad común (categoría o característica que comparten los miembros de un grupo) y la estructura unificadora (red o lazos interpersonales que relacionan a los miembros de un grupo). Así, una serie de individuos constituye un grupo más organizado cuanto más se identifiquen con una categoría en particular (y más los identifiquen con dicha categoría quienes no pertenecen al grupo) y cuanto más relacionados se encuentren entre sí.³⁹

El tercer determinante de la acción colectiva lo constituye la *movilización*, que da cuenta del nivel de recursos bajo el control colectivo del grupo. En este concepto, Tilly busca dar cuenta de la adquisición de *control colectivo* de los recursos y no la simple acumulación de los mismos. Poseer nominalmente los recursos no garantiza que efectivamente estos puedan ser utilizados en el desarrollo de la acción colectiva, así como el número de trabajadores afiliados a un determinado sindicato no garantiza lograr una movilización de igual magnitud.

Por último, debe considerarse la influencia que el *contexto de oportunidad* tiene sobre la acción colectiva. Es decir, los cambios en la relación del grupo con el resto (por ejemplo, el gobierno) pueden influir, amenazando los intereses del grupo o al contrario, proveyendo nuevas chances de actuar en pos de esos intereses.

El énfasis de Tilly en el contexto en el que se desenvuelve la acción colectiva es clave para el tipo de hechos que analizamos. El contexto no constituye una cuestión externa, un mero escenario donde se desarrollan los hechos, sino que, por el contrario,

³⁸ Charles TILLY, *From mobilization to revolution*, o.c.,

³⁹ Charles TILLY, *From mobilization to revolution*, o.c., 62-69.

impacta, modela y determina el tipo y la intensidad de la acción colectiva. Esto es clave porque el periodo histórico bajo estudio es de características peculiares, y son estas peculiaridades las que tornan inteligible el desarrollo de la ola de protesta en un preciso momento y no en otro.

El analizar la emergencia de una ola de protesta en términos del contexto de oportunidad implica la detección de elementos de dicho contexto que actúan como impulsores de la acción colectiva. Es decir, aquellos elementos que determinan que ciertos grupos preexistentes se activen.⁴⁰ Pensada en contextos democráticos robustos (como los casos europeos que analiza Tilly), esta teoría debe ajustarse al aplicarse a aquellos países cuyos gobiernos presentan una persistente matriz autoritaria, como es el caso de El Salvador.

En este sentido, es útil el aporte que realiza el sociólogo Paul Almeida a la teoría de la acción colectiva cuando alerta que, mientras en regímenes democráticos un contexto de oportunidades políticas alienta la movilización de los grupos *preexistentes*, en regímenes autoritarios el mismo contexto habilita el *surgimiento* de dichos grupos y recién posteriormente, su accionar en conjunto. En el caso de El Salvador, la apertura política que se verifica a partir de 1948 –y que adquiere fuerza en 1962–, permite el nacimiento de una *infraestructura organizacional* que varios años después, en 1967, va a comenzar a protagonizar movimientos sociales de protesta y reivindicación. Lejos de ser poco significativa, el surgimiento de esta infraestructura organizacional –que incluye un campo de organizaciones cívicas relacionadas fuertemente entre sí, una acumulación de recursos pasibles de movilizar en pos de los intereses grupales y la acumulación y circulación de la experiencia y el *know-how* organizacional– representa un quiebre en regímenes históricamente opresivos y autoritarios como el salvadoreño. Marca un sólido avance en lo que hace a la posición de los grupos sociales marginados en relación a las elites políticas y económicas.⁴¹

Teniendo en cuenta esta salvedad, es útil retomar el concepto de oportunidad en Tilly y considerar especialmente lo que el autor considera que constituyen sus elementos

⁴⁰ Charles TILLY, *From mobilization to revolution*, o.c.

⁴¹ Paul ALMEIDA, *Waves of protest*.

determinantes: el poder que el grupo posee, la represión a la que se encuentra sujeto y el contexto de *oportunidad* y *amenazas* en el que se desenvuelve.

Analizaremos cada uno de estos determinantes de la oportunidad, para mostrar en qué medida, el período analizado constituyó un momento excepcional para el desarrollo de la acción colectiva exitosa. En términos de Tilly: un contexto de oportunidad que incluyó diversos elementos impulsores de la acción colectiva.

En lo que respecta al *poder* de los sindicatos y gremios movilizados, este se encontraba en ascenso, dado que desde la década de 1940, y con mucha fuerza desde inicios de los 60, venía creciendo numéricamente tanto el grupo de obreros industriales como la cantidad de docentes de todos los niveles.⁴² Este salto cuantitativo debe relacionarse con la importancia que ambos sectores tenían en el nuevo perfil productivo de matriz desarrollista, y contrastarse con la significancia mínima que tenían los mismos sectores en el modelo económico tradicional, enfocado en la monoproducción agrícola para la exportación.⁴³ Trabajadores y docentes se enfrentan a una serie de gobernantes que buscan encuadrarlos y fortalecerlos controladamente, asumiendo el Estado un rol en las relaciones entre capital y trabajo tendiente a lograr una convivencia armónica y beneficiosa para el “desarrollo del conjunto nacional” (aunque esto significara perjudicar algunos intereses de la oligarquía).⁴⁴

En lo que respecta a la *represión* a la que el grupo se encuentra sujeto, se advierte también en este sentido un rasgo distintivo del período bajo estudio. A partir de 1948, los militares que asumen el control del poder ejecutivo inauguran un nuevo tipo de autoritarismo que combina dosis cambiantes de represión y concesiones, y que además busca establecer, a imagen y semejanza del *Partido Revolucionario Institucionalista* (PRI) mejicano, una base amplia que incluya a los sectores subalternos. Los gobiernos a partir de 1948 buscan relacionarse de una manera que, a diferencia de anteriores gestiones, excede la mera represión. Lo hacen alineando detrás del partido oficial a los sectores campesinos, a través de la utilización de una poderosa red de control que funciona en el ámbito rural. En

⁴² Rafael MENJÍVAR, *Formación y lucha del proletariado salvadoreño* y Alain ROUQUIE, *Guerras y paz en América Central*.

⁴³ Roberto TURCIOS, *Autoritarismo y modernización*, o.c.

⁴⁴ Roberto TURCIOS, *Autoritarismo y modernización*, o.c.

lo que hace al ámbito urbano, centro de nuestro interés, el Estado también busca sumar a los nuevos sectores sociales que resultan de la modernización del perfil productivo (profesionales, técnicos, trabajadores urbanos) a través de la formación e impulso de sindicatos y gremios.

Este interés del gobierno por ampliar su base social, sumado al intento de lograr mayor legitimidad a través de la realización de elecciones más transparentes, limita la vía represiva como forma de solucionar los conflictos. Los sindicatos y gremios ven en este momento, especialmente entre 1960 y 1967, una oportunidad para comenzar a expresar sus demandas exitosamente, sin que peligre su integridad física o la supervivencia de las propias organizaciones, como era común en décadas anteriores.

Esto va dando forma al tercer elemento constitutivo de la oportunidad, y es el ambiente político y su tendencia a favorecer o perjudicar la concreción de los intereses de los grupos en caso de que actúen colectivamente (*contexto de oportunidad política / contexto de amenazas políticas*, en términos de Tilly). En ese sentido, dado el nivel moderado de reacción represiva con que el gobierno responde en este periodo a la acción colectiva, y dado que el modelo económico que pretende erigir el gobierno precisa de la existencia y el accionar de organizaciones de trabajadores, los sindicatos y gremios encuentran incentivos importantes a la actuación en conjunto. Es decir, en su evaluación del momento histórico y el escenario político, entienden que la acción colectiva redundará en mayores beneficios. Es clave, además de los elementos mencionados anteriormente, la ampliación de los derechos laborales consignada en la Constitución Política de 1950 y el Código Laboral de 1963. También es significativa la ampliación de derechos políticos a través de la reforma electoral de 1963, que vino a poner “en papel” una actitud de mayor tolerancia a la oposición legal.

Finalmente, es importante destacar, en lo que respecta a la interpretación del contexto de oportunidad, el hecho de que es el Estado el actor más importante en la organización de este contexto. Es quien lo organiza y quien tiene la capacidad de darle estabilidad y previsibilidad al sancionar leyes que lo modelan.⁴⁵ Esto será clave en el caso salvadoreño. El gobierno buscará controlar el desarrollo de las organizaciones que han

⁴⁵ Paul ALMEIDA, *Waves of protest*, o.c. Agradezco a Esteban De Gori sus comentarios y sugerencias en este aspecto.

crecido bajo su protección, respondiendo a necesidades específicas del propio gobierno (específicamente, el fortalecimiento de la base social del nuevo partido oficial).

Serán las acciones de los sindicatos y gremios movilizados implementadas para esquivar dicho control las que van moldeando el accionar que denominaremos “combatiivo” y que se verifica entre los sindicatos independientes y, sólo muy moderadamente, en los sindicatos oficialistas, cuyos miembros estarán integrados a las filas del partido oficial.⁴⁶ También es útil para entender el accionar de los gremios docentes: impulsados por el Estado, con buen diálogo con el gobierno, en 1968 los maestros se distancian del partido oficial y pasan a constituir uno de los elementos más importantes dentro del arco opositor.⁴⁷

Todos estos elementos determinan el contexto y dan lugar al surgimiento de una infraestructura organizacional que se sostendrá cuando el contexto se modifique, pasando de un contexto de oportunidad para la acción colectiva exitosa especialmente entre 1960 y 1967, a un contexto de amenaza a partir de 1967 -que se profundiza desde 1972-, es decir, un contexto caracterizado por la vulnerabilidad y la alta posibilidad de perder posiciones, poder y recursos en caso de actuar colectivamente.⁴⁸

¿TÍTERES, ALIADOS O ENEMIGOS? LOS MILITARES, LA OLIGARQUÍA Y SUS RELACIONES

En un breve artículo, Waldo Ansaldi define las características de las oligarquías latinoamericanas. En primer lugar, sostiene, la oligarquía no es una clase social sino una categoría que designa una forma de ejercicio de la dominación.⁴⁹ Aunque pueda parecer obvia, esta afirmación es clave y posee una potencialidad significativa en el momento de analizar a los grupos económicamente dominantes de El Salvador de los 60 y 70. El hecho de considerar el término “oligarquía” como algo diferente a una clase social específica

⁴⁶ Salvador Cayetano CARPIO, “Las corrientes sindicales en El Salvador”, o.c.

⁴⁷ Mérida ANAYA MONTES, *La segunda gran batalla de ANDES 21 de Junio*, San Salvador, Editorial Universitaria de El Salvador, 1972.

⁴⁸ Paul ALMEIDA, *Waves of protest*, o.c.

⁴⁹ Waldo ANSALDI, “Frívola y casquivana, mano de hierro en guante de seda. Una propuesta para conceptualizar el término oligarquía en América Latina”, *Cuadernos del CLAEH* año 17 n° 61 (1992) 43-48. Agradezco a Julieta Rostica la recomendación del mencionado artículo.

permite dar cuenta de la persistencia de ciertas características de este ejercicio de dominación, aún ante las modificaciones de la relación de los grupos dominantes con los medios de producción.

En lo que hace a los grupos económicos más importantes de El Salvador, personificados en el mito de las “14 familias” –que, aunque inexacto, da cuenta del nivel de concentración de la riqueza- construyeron su poderío a través de la apropiación de extensas porciones del territorio nacional, la plantación en los mismos de cafetales para la exportación, y la explotación a niveles inhumanos de los sectores campesinos salvadoreños, esta última facilitada por el histórico problema de superpoblación de El Salvador.⁵⁰

El periodo temporal que tomamos en la presente investigación posee una complejidad interesante, en el sentido de que justamente en este momento se da comienzo a los intentos por modernizar el perfil productivo del país, utilizando las ganancias que había arrojado previamente el elevado precio internacional del café para dar impulso a la industrialización.

Existen, sin embargo, razones por las cuales no puede considerarse la formación de un sector industrial perfectamente distinguible de la oligarquía tradicional, siendo más pertinente hablar de una diversificación de esta última; es decir, de una tendencia, observable en algunos de sus miembros, a reinvertir parte de las ganancias de la agroexportación en el sector industrial. Esta perspectiva alerta sobre el hecho de que las bases de la acumulación de los sectores económicamente dominantes de El Salvador no dejan de ser agroexportadoras, pese a que fue muy común desde distintos sectores que muchos integrantes de la tradicional oligarquía pasaran a ser considerados como una incipiente burguesía nacional industrial.

No se verifican, entonces, modificaciones sustantivas en la forma del ejercicio de dominación, que conserva características del régimen oligárquico, sin dejar de atender a los profundos quiebres que, sin embargo, existieron.

Aun cuando protagonizaron un viraje político importante, los militares que asumen el poder en 1948 no lograron modificar las bases del orden económico y político, que sigue

⁵⁰ Eduardo COLINDRES, *Fundamentos económicos de la burguesía salvadoreña*, o.c.

estando financiado, modelado y limitado por los intereses oligárquicos. Es esta limitación la que impacta en los sectores movilizados bajo estudio, es decir, los sindicatos y gremios no oficialistas (autónomos y combativos) constituidos por trabajadores industriales y el gremio docente. A través de su organización y la realización de medidas de fuerza, tensionaron los límites del modelo económico con sus demandas salariales y su insistencia en influir sobre las decisiones políticas y económicas.

Retomando los planteos de Ansaldi, la oligarquía se caracteriza por concentrar el poder político y económico, y poseer una angosta base social. La institución familiar y la posesión/acumulación de la tierra son entonces dos elementos que se encuentran en el origen mismo de la oligarquía. Como puede resultar obvio, el régimen oligárquico se relaciona fuertemente con el desarrollo de economías centradas en la exportación de bienes primarios. El reclutamiento para las funciones de gobierno es caracterizado por el autor como “cerrado”. Es decir, puede no ser ejercido por el propio sector oligárquico, pero se realiza en ámbitos restringidos y de confianza de dichos sectores, como puede ser las Fuerzas Armadas. Este ordenamiento político incorpora fuertemente características autoritarias, paternalistas, verticalistas y medidas que limitan en los hechos el derecho de sufragio.

Tomando esta caracterización de Ansaldi, queda claro que la continuidad de muchos de los elementos que caracterizan un régimen oligárquico impide hablar de un Estado verdaderamente democrático, el cual, siguiendo a Ansaldi, se encuentra en las antípodas del oligárquico.

Los militares que llegaron al poder en 1948 buscaron impulsar un sector industrial modernizante que abandonara su raíz en la posesión familiar de la tierra y la agroexportación, buscaron modernizar el perfil productivo a través del impulso a la producción de manufacturas y ampliar moderadamente el reclutamiento para las funciones de gobierno incorporando sectores medios cuyo poder se encontraba en ascenso. Implementaron asimismo una importante reforma tendiente a garantizar el desarrollo de elecciones más limpias. Las intenciones de estos militares dan cuenta de su intento de abandonar aquello que, tal como mencionamos, caracterizaba al régimen oligárquico. Los resultados obtenidos prueban que esto no fue posible. Nos encontramos, entonces, en un

periodo histórico complejo, de intento frustrado de abandono de las características típicamente oligárquicas –en términos de Ansaldi-, que tiene un primer desenlace a partir de 1972, con una vuelta significativa a posturas retardatarias.

Rouquie denomina el complejo régimen así constituido, como “*república militar con fachada representativa*”⁵¹, lo que está lejos de ser el Estado democrático considerado por Ansaldi como la garantía de superación de los males oligárquicos, y donde la oligarquía propiamente dicha continua actuando y ejerciendo una fuerte influencia sobre el gobierno a través de una relación cambiante, tensa e irregular con los militares en el poder.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Se presentaron hasta aquí lo que consideramos las características más salientes de las organizaciones sindicales movilizadas en El Salvador entre 1967 y 1971 y la perspectiva teórica que nos permitió enfatizar dichos rasgos entre los múltiples posibles. Se sintetizaron además, las razones por las que consideramos que son esos rasgos –y no el carácter armado o la adhesión a la ideología comunista- los que hicieron de estos grupos el “enemigo a eliminar”.

Asimismo, se presentó la forma en que ciertas categorías, como “oligarquía”, fueron utilizadas en tanto herramientas para comprender un modo de ejercicio de dominación vigente en el período estudiado.

La investigación que aquí se presenta demostró que resultaba imprescindible sumar a estas conclusiones preliminares un análisis profundo y una periodización del marco doctrinario de las Fuerzas Armadas salvadoreñas, especialmente en lo que respecta al manejo de la conflictividad sindical y a la cambiante definición del enemigo interno a perseguir, controlar y, eventualmente, eliminar. Sólo así se comprendería el sustrato desde el cual fue posible articular la estrategia represiva implementada, evitando respuestas que limiten la explicación a una sobredeterminación de la influencia norteamericana; respuesta harto común en los análisis de sucesos que, como el que aquí se aborda, ocurrieron en

⁵¹ Alain ROUQUIE, *Guerras y paz en América Central*, o.c., 62.

plena Guerra Fría. Dicha periodización se abordó en ulteriores investigaciones⁵², para las cuales resultaron claves las conclusiones previas obtenidas en el trabajo que aquí se presenta.

En todos estos casos, resultó imprescindible el uso crítico de conceptos que, acuñados desde y para otros escenarios, se utilizaron para analizar una región como la centroamericana. Esto constituyó uno de los principales desafíos de la investigación que aquí se resume, por dos importantes motivos. En primer lugar, porque cuanto menos en el caso salvadoreño, las ciencias sociales han contado con un muy interrumpido desarrollo, lo cual repercutió en una producción académica que aunque significativa, dista de ser suficiente. En segundo lugar, porque lo que -en términos personales- se evidenció en el transcurso de la investigación, fue que abordamos casos que desconocemos no sólo con los conceptos que ya dominamos, sino también con preguntas que responden más a nuestros propios debates locales que a los países que intentamos comprender. Considero que reconocer y asumir este “sesgo” constituye uno de los desafíos más enriquecedores de quienes abordamos los estudios latinoamericanos, a la vez que una ventaja enorme al momento de inscribir nuestras investigaciones en los debates locales que nos atraviesan e interpelan.

⁵² Véase, por ejemplo, Lucrecia MOLINARI, “Fuerzas Armadas y movilización sindical en El Salvador (1962-1972): las configuraciones locales del «enemigo interno»” (Tesis doctoral en Ciencias Sociales). Universidad de Buenos Aires, Argentina, 2016.